

# NEW LEFT REVIEW 124

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2020

	ARTÍCULO	
SIMON HAMMOND	Los movimientos del caballo	7
LOLA SEATON	Reverdecer la nación	47
GÖRAN THERBORN	Sueños y pesadillas	69
GAVIN RAE	El espejo de Polonia	97
ALICE BAMFORD	Matemáticas y movimiento moderno	116
FRANCO MORETTI	Los caminos que llevan a Roma	135
	CRÍTICA	
ALPA SHAH	Para entender a Modi	148
NICK BURNS	Naciones elegidas	156
OLIVER EAGLETON	Generaciones políticas	169

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

LOLA SEATON

## ¿PINTANDO EL NACIONALISMO DE VERDE?

**E**N EL DESENLACE surrealista de un reciente episodio del *podcast* de *The New York Times* «The Daily», Doug Harley, uno de los tres astronautas que actualmente orbitan a más de 400 kilómetros sobre la Tierra a bordo de la Estación Espacial Internacional, sugería que los viajes espaciales civiles podrían ser un bálsamo para males globales como «la pandemia y los disturbios en las ciudades» acaecidos tras el asesinato de George Floyd a manos de la policía:

Cuando miras por la ventana y ves el planeta ahí abajo, no ves las fronteras. No ves las discordias. Ves este hermoso planeta que tenemos que cuidar. Y con suerte, a medida que la tecnología avanza y se pongan en marcha los viajes espaciales comerciales, más y más gente disfrutará de esta oportunidad. Porque creo que cuando tenemos la ocasión de mirar por la ventana desde el espacio y ver nuestro planeta ahí abajo [...] nos damos cuenta de que se trata de un solo mundo, grande y único, que es más que todos estos pequeños países, ciudades o facciones que tenemos en el globo. Y creo que así haremos de él un lugar mejor<sup>1</sup>.

Si esta sorprendente publicidad de la promesa utópica del turismo espacial (esto es, su experiencia mercantilizada de sublimidad ofrecida, capaz de provocar epifanías en torno a lo artificioso de las divisiones territoriales y de activar una ecoconciencia latente para ir salvando el planeta con cada turista cósmico añadido) representa una versión extrema de cierto tipo de ecologismo, que contempla la trascendencia de las fronteras nacionales a través del prisma de un reconocimiento lúcido de nuestra integración

---

<sup>1</sup> «Counting the Infected», *The Daily podcast*, *The New York Times*, 8 de julio de 2020.

colectiva en la ecosfera, Anatol Lieven adopta el punto de vista diametralmente opuesto. Su último libro, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case* argumenta que en la búsqueda de soluciones globales al cambio climático antropogénico el interés propio de los Estados-nación no debería soslayarse, sino tenerse doblemente presente<sup>2</sup>.

La tesis central del libro de Lieven no es que los Estados-nación, y no los organismos intergubernamentales o algún emergente soberano supranacional, vayan a ser –si es que alguno de ellos llega a serlo algún día– la vanguardia de la respuesta a la crisis climática; la permanente centralidad de los Estados-nación en tanto que unidades políticas y actores globales se da por sentada y no es objeto de discusión dilatada alguna. Antes bien, la cuestión que anima la contribución de Lieven a las estrategias ecológicas gira en torno a aquello que obligará a los Estados-nación a actuar y llevará a sus cada vez más polarizados electorados a unirse en pos de algún tipo de *Green New Deal*, que el autor apoya con firmeza<sup>3</sup>. La manera en que Lieven formula su versión de esta cuestión climática fundamental –¿qué hacer?– viene condicionada por el diagnóstico que hace del actual punto ciego en el que nos encontramos. Lieven argumenta que la negligencia que han venido demostrando los Estados-nación en este terreno hasta el día de hoy no proviene de una falta de capacidad, financiera o tecnológica (una afirmación incontestable a la vista de los inmensos recursos que los gobiernos han reunido en respuesta a la pandemia), sino de «la falta de movilización de las elites de todo el mundo y de los votantes de Occidente».

*Climate Change and the Nation State: The Realist Case* es, por lo tanto, un llamamiento a todos los responsables políticos «patrióticos y sensatos» allí donde se encuentren, pero «se dirige principalmente a las audiencias de las democracias occidentales» y a Estados Unidos en particular, que es, como era de esperar, el Estado-nación que ocupa mayormente la atención de Lieven. Este sesgo está de alguna manera justificado (más allá de su estatus hegemónico y de su desproporcionada influencia en los asuntos mundiales, Estados Unidos emite más dióxido de carbono per cápita que cualquier otro país del mundo), pero también parece un efecto contingente del calendario político: el libro está notoriamente marcado por las inminentes elecciones presidenciales en Estados Unidos. En opinión de Lieven, una de las razones de la letal marginación que ha

<sup>2</sup> Anatol Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, Londres, 2020.

<sup>3</sup> «La única vía a seguir pasa por una versión u otra de *Green New Deal*», *ibid.*, p. 92.

venido sufriendo la cuestión del cambio climático en la agenda política oficial de Estados Unidos y de otros lugares es que el ecologismo se ha asociado excesivamente con el «progresismo cultural» [*cultural liberalism*], alienando a los votantes conservadores, que resultan cruciales para la causa planetaria<sup>4</sup>. Sobre todo en Estados Unidos, la crisis climática se ha convertido en una cuestión identitaria, lo que impide el consenso bipartidista en torno a ella. Según el Pew Research Center, en Estados Unidos el «partidismo es un factor más importante a la hora de conformar las creencias de la gente sobre el cambio climático que su nivel de conocimiento y comprensión de la ciencia»; una encuesta realizada por esta institución en 2018 reveló que el 83 por 100 de los Demócratas consideran que el cambio climático es una amenaza importante, en comparación con solo el 27 por 100 de los Republicanos, lo cual supone una diferencia de cincuenta y seis puntos<sup>5</sup>. Como indica Lieven, la incredulidad o la indiferencia ante las devastadoras consecuencias de la quema de combustibles fósiles se ha convertido para el conservadurismo en una cuestión de «cultura colectiva; como poseer armas o asistir a la iglesia». La derecha climático-escéptica no dice «las pruebas del cambio climático no nos convencen», sino «nosotros no somos *el tipo de gente* que cree en el cambio climático». Este partidismo es un gran impedimento para la creación de «una nueva excepción nacional en la política interna similar a la que en su día representó el *New Deal*», hecho que Lieven considera indispensable para que los partidos verdes obtengan «mayorías arrolladoras» en «sucesivas elecciones»<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> La cartografía que hace Lieven de esta oposición liberal-conservadora presente en el Partido Demócrata y en el Partido Republicano es, en el mejor de los casos, anacrónica. Según los planteamientos de Lieven, se diría que el «progresismo cultural» [*cultural liberalism*] (rúbrica que nunca llega a definir, pero bajo la cual agrupa tales «lujos ideológicos» como las «fronteras abiertas, la libertad migratoria», la «política identitaria», el «movimiento Woke» o el «movimiento Me too») abarca cualquier afiliación política a la izquierda del Partido Republicano. Él se refiere indistintamente a los demócratas, los liberales, «la izquierda» o incluso «los verdes» (pasando por alto a los ecologistas de derechas), suprimiendo estas distinciones políticas en la aparente suposición de que, cualesquiera que sean sus diferencias en el terreno económico, por ejemplo, convergen en cuestiones sociales o culturales, así como en la cuestión de la crisis climática, *ibid.*, p. xxv.

<sup>5</sup> En Europa existe una pauta similar, aunque en menor grado, siendo los partidarios de Alternative für Deutschland, del UKIP y del Rassemblement National, respectivamente, el 28, el 22 y el 21 por 100 menos proclives a considerar el cambio climático como una amenaza crucial en comparación con los no partidarios de estas fuerzas políticas. Véase Pew Research Center: Cary Funk y Brian Kennedy, «How Americans See Climate Change and the Environment in 7 Charts», 21 de abril de 2020; y Moira Fagan y Christine Huang, «A Look at How People Around the World View Climate Change», 18 de abril de 2019.

<sup>6</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., pp. 132, 10, xiv.

¿Qué propone entonces Lieven para superar el monopolio de la preocupación ecológica por parte de la ideología progresista? Su primera propuesta concreta para transformar la crisis climática en una sólida prioridad nacional en Estados Unidos y en otras democracias occidentales es replantear discursivamente el calentamiento global como una amenaza inminente para la seguridad nacional: «El ejército estadounidense tiene que comprometerse de lleno con el *New Deal* verde». «Securitizar» el calentamiento global despolitizaría de inmediato la cuestión —«lo sacaría de la esfera natural de la política»— para hacerlo más acorde con las culturas políticas conservadoras, ya que, de acuerdo con las expectativas de Lieven, el reclutamiento de figuras militares en la desintoxicación retórica del tema tendría un impacto especial en los Republicanos, dado que los funcionarios militares se cuentan entre los pocos expertos que inspiran respeto en todo el espectro político<sup>7</sup>.

Lieven trabajó para el *Financial Times* y *The Times* a mediados de la década de 1980 y en la de 1990, donde cubrió primero Afganistán y Pakistán —el tema de su libro *Pakistan: A Hard Country* (2011)— y luego la antigua Unión Soviética. A principios de la década de 2000 comenzó a escribir sobre relaciones internacionales y política de seguridad para centros de investigación estadounidenses; desde 2006, imparte la docencia en el campus de Georgetown en Qatar<sup>8</sup>. La idea de «securitización» de Lieven tiene su origen en una crisis profesional menor, narrada en la introducción, lo que confiere al resto del libro una atractiva atmósfera de sinceridad. Reflexionar sobre el significado de la crisis climática en toda su extensión le llevó a darse cuenta de «la irrelevancia comparativa de la mayoría de las cuestiones sobre las que he estado trabajando en el campo de las relaciones internacionales y los estudios de seguridad». Al investigar sobre la escalada de las tensiones entre Estados Unidos y China a cuenta de los atolones del Mar de la China Meridional se le

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>8</sup> Podemos recomponer en gran medida esta historia profesional a partir de referencias dispersas en *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, que dan al libro un agradable toque personal. Las alusiones casuales de Lieven a la impresionante variedad geográfica de su carrera también sirven como una demostración retórica de mundanidad. Las experiencias anecdóticas se utilizan para fundamentar afirmaciones concretas (por ejemplo, su estancia en Qatar, que tiene las leyes de naturalización más restrictivas del mundo, lo convenció de la incompatibilidad entre la renta básica universal y una migración desmedida) y, de forma acumulativa, para corroborar empíricamente su sensibilidad «realista»; sus conclusiones no derivan de predilecciones ideológicas, sino que surgen orgánicamente de su amplia experiencia: *ibid.*, pp. xvi-xvii, 49, 51, 132, 135.

ocurrió pensar que a largo plazo «estos lugares no tienen interés para ninguna de las dos partes», ya que «la subida del nivel del mar y la intensificación de los tifones habrán vuelto a poner bajo el agua el origen de estas tensiones». Al constatar lo absurdo de tales disputas territoriales y rivalidades geopolíticas, así como sus «efectos destructivos» sobre la «cooperación internacional contra el cambio climático» –por no hablar de los estragos medioambientales causados por la militarización en general–, Lieven apela a las elites políticas para que se den cuenta de que «los intereses a largo plazo de las grandes potencias mundiales se hallan mucho más amenazados por el cambio climático que por sus rivalidades como potencias enfrentadas». La conclusión –un cambio de política impulsado por una ponderación sobria de las consecuencias aterradoras de las emisiones de carbono incontroladas– parece obvia, pero implicaría una reconsideración radical de las prioridades nacionales. No en vano, una de las principales técnicas de protección de la seguridad nacional según se concibe actualmente consiste en buscar la autosuficiencia energética –o la «independencia de recursos»– recurriendo a tecnologías cada vez más invasivas, para desenterrar reservas de combustibles fósiles en el propio territorio nacional.

### *Impactos asimétricos*

¿En qué sentido el cambio climático amenaza de inmediato la seguridad nacional de los Estados occidentales? A diferencia de la India, Pakistán y Bangladesh, por ejemplo (primero, segundo y cuarto país, respectivamente, contemplados en el informe de la Hong Kong and Singapore Banking Corporation (HSBC) de 2018, que clasifica a los países en función de su vulnerabilidad al cambio climático), y a pesar de los incendios forestales en California y la vulnerabilidad de las ciudades costeras orientales ante la subida del nivel del mar y el empeoramiento de las tormentas, Estados Unidos no se halla amenazado ni existencialmente ni de manera inmediata por las consecuencias físicas del calentamiento del planeta. Por lo tanto, los argumentos que esgrime Lieven para redefinir el cambio climático como una preocupación urgente de seguridad nacional se basan en la previsión de sus consecuencias sociopolíticas más que en sus efectos materiales inmediatos, así como en su descripción detallada del hecho de que, aunque las desastrosas transformaciones en el medio ambiente natural sean relativamente localizadas, sus consecuencias humanas y políticas no lo son. Así pues, el mundo amenazado de *Climate Change and the Nation State: The Realist Case* no es principalmente el mundo natural de

los bosques, los ríos y la irremplazable vida animal, sino el orden político de los Estados y las sociedades; el horizonte en el que se fija la mirada de Lieven no tiene que ver con un apocalipsis ecológico o una extinción masiva, sino con la desaparición de las democracias y el desmoronamiento social, acontecimientos que, en su opinión, sucederán primero: en ausencia de algo equivalente a un *Green New Deal*, «las democracias liberales occidentales desaparecerán antes de que lleguen a verse desbordadas por los efectos directos del cambio climático»<sup>9</sup>.

El llamamiento de Lieven en pro de la «securitización» de la crisis climática toca precisamente el aspecto que hace que el problema parezca tan desesperadamente insoluble. Si bien es cierto que algunos países han reunido cantidades ingentes de recursos y una voluntad política impresionante en respuesta a la pandemia, las diferencias entre el virus y el cambio climático son indicativas. A diferencia de lo que sucede con la COVID-19, que se extendió rápidamente a casi cada rincón del planeta, la cuestión de la interacción precisa del calentamiento global con los ciclos meteorológicos, así como con las emisiones de carbono y sus efectos visibles a más largo plazo, es compleja y controvertida, mientras que los impactos se dejan sentir de forma desigual entre regiones y clases sociales. Tal y como se ha señalado en múltiples ocasiones, los lugares que se ven más amenazados por la subida del nivel del mar, las inundaciones, las tormentas, las sequías y otros fenómenos y procesos naturales catastróficos, y que están menos capacitados para hacerles frente y recuperarse de su impacto, se encuentran principalmente en países en vías de desarrollo carentes de influencia geopolítica y cuya contribución nacional a la economía mundial es insignificante en comparación con la de muchos de los países menos vulnerables, pero muy contaminantes<sup>10</sup>. Aparte de una evidente injusticia, esta asimetría entre causa y efecto es también un grave obstáculo para la movilización de las elites del hemisferio norte: mientras que el COVID-19

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>10</sup> Filipinas y Bangladesh, por ejemplo (tercer y cuarto país en la clasificación de la HSBC de vulnerabilidad al cambio climático), fueron responsables respectivamente del 0,35 y del 0,24 por 100 de los 36,2 millardos de toneladas de carbono emitidas en 2017. China y Estados Unidos (que ocupan los puestos vigésimo sexto y trigésimo noveno en el *ranking* de la HSBC) emitieron respectivamente el 27 y el 15 por 100 del total mundial de carbono. Véase la visualización «Who emits the most CO<sub>2</sub>?», que utiliza datos del Global Carbon Project, en Hannah Ritchie y Max Roser, «CO<sub>2</sub> and Greenhouse Gas Emissions», mayo de 2017, publicado en [ourworldindata.org](http://ourworldindata.org); y Ashim Paun, Lucy Acton y Wai-Shin Chan, «Fragile Planet: Scoring Climate Risks Around the World», HSBC Global Research Report, marzo de 2018.

infectó primero a los trotamundos acaudalados, incluyendo a jefes de Estado y sus ministros, antes de infiltrarse entre las comunidades de bajos ingresos y las minorías –sobrerrepresentadas en el sector de los servicios y de la atención sanitaria– entre las que el virus ha sido desproporcionadamente letal, los últimos que se verán afectados por el cambio climático serán probablemente aquellos que tienen más capacidad para mitigarlo, pero menos interés inmediato en hacerlo.

Lieven no reconoce directamente esta dinámica, pero esta se halla implícita en el grueso de su argumentación, que consiste en cuadrar el círculo del interés nacional y el global, mostrando que el cambio climático plantea una amenaza «indirecta» pero inmediata para Occidente. La pieza clave de la armonización que lleva a cabo Lieven entre el interés propio de Occidente y el bienestar planetario –o más bien, de la influencia que ejerce el mundo en vías de desarrollo en los cálculos políticos occidentales– es la migración masiva: «La amenaza más importante que plantea el cambio climático para la seguridad de los Estados occidentales y Rusia es probable que sea indirecta: ulteriores aumentos de la migración»<sup>11</sup>. Hay pruebas que indican que el pronóstico de Lieven acerca del desplazamiento masivo de poblaciones no es alarmista. Según un informe reciente, con la desertificación de las regiones semiáridas, «cientos de millones de personas, desde América Central hasta Sudán y el Delta del Mekong», cuyas tierras ya no les ofrezcan medios de vida, «se verán obligadas a elegir entre la huida o la muerte. Es casi seguro que el resultado será la mayor ola de migración global que el mundo haya visto nunca». Para 2070, las zonas extremadamente cálidas, que ahora representan menos del 1 por 100 de la superficie terrestre del planeta, podrían cubrir casi una quinta parte del mismo, «situando potencialmente a una de cada tres personas fuera del nicho climático donde los humanos han prosperado durante miles de años»<sup>12</sup>. El desplazamiento interno a medida que las comunidades rurales, viéndose privadas de sus medios de vida agrícolas, se trasladen a las ciudades en busca de un trabajo asalariado cada vez más escaso, así como la emigración a los países vecinos, serán inicialmente más frecuentes que la migración intercontinental, que suele ser peligrosa y requiere una capacidad financiera de la que la mayoría de las personas carecen<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., p. 35.

<sup>12</sup> Abrahm Lustgarten, «The Great Climate Migration», *The New York Times Magazine*, 26 de julio de 2020.

<sup>13</sup> De los aproximadamente 13 millones de personas desplazadas por la guerra civil siria (la «crisis de refugiados» que Lieven invoca repetidamente para advertir de la «radicalización populista generalizada y la desestabilización política» que él cree



Pero la dimensión de la crisis —«por cada grado centígrado que aumente la temperatura, alrededor de mil millones» de personas se verán forzadas a salir de su «nicho climático» y, según la ONU, la temperatura global va a camino de incrementarse hasta 3,9 grados para el año 2100— hace pensar que los desplazamientos no quedarán circunscritos a los alrededores de las regiones que reciban su impacto<sup>14</sup>.

Lieven prevé que la rapidez y la magnitud sin precedentes de este desplazamiento, unido a la escasez de recursos, exacerbará las tensiones existentes, inclusive los conflictos étnicos, desestabilizando regiones enteras, muchas de las cuales caerán en la guerra, lo cual precipitará posiblemente el colapso de algunos Estados. «El cambio climático se sumará a otros factores de degradación ambiental y tensión social, produciendo más conflictos como el de la guerra civil siria», contencioso que Lieven relaciona con las sequías en los países productores de grano en los años previos al tiempo que apunta al fuerte aumento de los precios del pan y el consiguiente descontento económico existente en todo el Oriente Próximo como un importante contexto para la Primavera Árabe<sup>15</sup>. La migración en masa, en otras palabras, es la respuesta de Lieven a la pregunta enunciada por Mike Davis de cómo llevar a cabo «la transmutación de los intereses propios de los países y clases ricas en una “solidaridad” ilustrada con los países y clases más pobres y más vulnerables a la devastación medioambiental que el uso desmedido de energía en el hemisferio norte ya ha puesto en marcha»<sup>16</sup>.

### *Tipos de nacionalismo*

Declarar la crisis climática como una firme prioridad en las instituciones predominantes encargadas de la seguridad es una táctica para que las mentes de la élite se concentren en el problema, así como para neutralizar la cuestión entre los votantes escépticos. Sin embargo, la parte más

---

que traerá inevitablemente consigo la migración rápida y masiva a Occidente), aproximadamente la mitad permaneció dentro de las fronteras de Siria y otros 5 millones de personas se vieron desplazadas a países vecinos de Oriente Próximo y el norte de África, cifras que hacen palidecer el millón de personas que encontraron asilo en Europa: Phillip Connor, «Most Displaced Syrians Are in the Middle East», Pew Research Center, 29 de enero de 2018.

<sup>14</sup> A. Lustgarten, «The Great Climate Migration», cit.; Matt Stieb, «“Bleak” UN Climate Report: World on Track for Up to 3.9 Degrees Warming by 2100», *The New York Magazine*, 26 de noviembre de 2019.

<sup>15</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., pp. 36, 41.

<sup>16</sup> Mike Davis, «¿Quién construirá el arca?», *NLR* 61, marzo-abril de 2010, p. 29.

extensa, y más polémica, del plan de Lieven para convertir la estabilización del clima en una causa popular de consenso bipartidista tiene que ver con el nacionalismo, «la fuente más poderosa de empeño colectivo en la historia moderna». En este sentido el título del libro [«El cambio climático y el Estado-nación»] es en parte engañoso; más exacto hubiera sido llamarlo «El cambio climático y el nacionalismo», aunque podemos entender por qué Lieven ha preferido la primera opción en vista de que el nacionalismo tiene, por decirlo suavemente, una reputación heterogénea, así como un historial medioambiental muy desigual. Lieven reconoce este extremo al señalar «los melancólicos ejemplos» del entusiasta desmantelamiento de las regulaciones medioambientales por parte de Trump y el propósito de Bolsonaro de acelerar el proceso de deforestación del Amazonas. A fin de imponer algún tipo de orden moral en esta ideología proteica, Lieven recurre al convencionalismo de distinguir entre el nacionalismo étnico y el nacionalismo cívico: el primero constituye «un intento de recrear un Estado sobre la base de un sistema étnico y cultural estrecho y cerrado» —una opción que «obviamente no es deseable para ningún país que contenga grandes minorías étnicas o religiosas» y que «en última instancia apuntará hacia el fascismo»—, mientras que el segundo «se basa en una idea mucho más fuerte de ciudadanía común, que ofrece un sentido de identidad compartida a todos los ciudadanos» independientemente de la raza o el credo<sup>17</sup>.

Lieven se basa en un sinfín de ejemplos históricos para ilustrar los logros progresistas del nacionalismo, pero sus principales fuentes de inspiración son los «socialimperialistas» de Europa occidental a principios del siglo xx y el movimiento progresista de Theodore Roosevelt en Estados Unidos, ejemplos ambos que, a decir de Lieven, combinaron con éxito el patriotismo con las políticas de bienestar. Lieven, cuya visión electoralista le hace ser consciente de la popularidad duradera que se precisa para forjar un nuevo consenso nacional ecologista —a modo de instrumento bipartidista logrado a través de una especie de despolitización—, quizá también se sienta atraído por la política ecuménica de los socialimperialistas británicos: «provenientes principalmente del ala imperialista del Partido Liberal», aunque entre ellos también había «socialistas fabianos» y «conservadores *one-nation*», así como elementos de «los sectores más visionarios de las elites militares». Lo que unía a este «grupo ecléctico» era el entusiasmo por el Imperio, la expectativa de una «próxima guerra mundial en la que la unidad nacional se pondrá a prueba hasta

---

<sup>17</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., pp. xv, 84, 85.

el límite», «el desprecio de la clase media profesional» por parte de la clase dirigente aristocrática británica y un «profundo temor a la revolución, la guerra de clases y la desintegración social». Para prepararse para estas múltiples amenazas o bien para prevenirlas, los socialimperialistas creían que el Estado británico «necesitaba ser completamente reformado y dotado de mayores poderes, inclusive el de moldear y dirigir la economía»; su visión «iba más allá de la seguridad social para abarcar los ámbitos de la planificación urbana, la salud pública y la reforma educativa». A pesar de que hundieron al continente en la Primera Guerra Mundial y de que luego, a su término, mantuvieron lamentables «paralelismos con las tendencias europeas que contribuyeron al fascismo», «los socialimperialistas alimentaron el creciente consenso nacional que finalmente daría lugar al Estado de bienestar británico a partir de 1945». La «tarea» de hoy consiste, por lo tanto, en «desarrollar una nueva versión de socialimperialismo, pero sin el imperialismo, el racismo, la eugenesia ni el militarismo». En Estados Unidos, la misma mezcla de fiscalidad progresiva, de un Estado más enérgico y compasivo, y de orgullo patriótico, dio alas al «nuevo nacionalismo» de Theodore Roosevelt, plataforma del efímero Partido Progresista en 1912. Esta forma benéfica de nacionalismo contribuyó a la creación del bienestar social básico regulando «el capitalismo salvaje de la “Gilded Age”», al atacar «el poder de los intereses creados y de los monopolios» y hacer a los ejecutivos «personalmente responsables de los crímenes de sus corporaciones, al tiempo que contribuyó a la modernización del Estado»<sup>18</sup>.

¿Hasta qué punto es convincente la estrategia de Lieven, esto es, su llamamiento «contraintuitivo» para reformular la crisis planetaria en términos nacionalistas? Su premisa —que los Estados-nación «están ahí para quedarse» y que son los únicos agentes con la legitimidad y los recursos suficientes para responder a la velocidad y escala necesarias para estabilizar el clima— parece cada vez más evidente a pesar de su inercia hasta la fecha en materia de acción climática y la naturaleza globalizada del movimiento activista por el clima. Los organismos intergubernamentales, del Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) de las Naciones Unidas a la OMS, pueden emitir advertencias y ofrecer orientación, organizar conferencias y aportar experiencia, y tal vez en algunos casos ejercer presión; pero al carecer de soberanía territorial o legitimidad democrática son comparativamente impotentes a la hora de actuar o forzar a la acción. En cuanto a la tradicional alternativa

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 96-101.

al Estado –el mercado–, incluso *The Economist* admite que su mano invisible no está a la altura de la tarea de descarbonizar espontáneamente la economía a tiempo<sup>19</sup>.

La descripción que hace Lieven del ajuste teórico entre el nacionalismo y el ecologismo es a menudo convincente. «Si hemos de estar a la altura del cambio climático y otros desafíos, entonces los Estados del siglo XXI tendrán que ser fuertes», sostiene Lieven, y «la fuerza de un Estado no depende principalmente de su economía ni del tamaño de sus fuerzas armadas, sino de su legitimidad a ojos de su población». Hay varias fuentes de legitimidad estatal –desde la pura longevidad hasta la competencia administrativa–, pero una de las «más importantes y duraderas» ha sido el nacionalismo. Al robustecer y legitimar los Estados, el nacionalismo facilita la aplicación de «reformas dolorosas» y sacrificios colectivos en forma de impuestos más altos, incluyendo los impopulares impuestos sobre el combustible, que Lieven cree que serán una medida necesaria para ecologizar la economía<sup>20</sup>. Además, según argumenta nuestro autor, el nacionalismo también se basa en una preocupación por el futuro y por eso se adecúa tan bien al «pensamiento a largo plazo» que la acción climática exige: a diferencia de lo que sucede con sus efímeros ciudadanos individuales, la permanencia es constitutiva de la idea de nación. Como se basa en un apego al lugar –a los paisajes locales y al patrimonio–, el nacionalismo también se adapta bien a los esfuerzos conservacionistas.

Pero, aparte de estas afinidades que invitan a la reflexión, ¿a qué equivale en la práctica el nacionalismo «cívico» de Lieven? En su capítulo final, titulado «The Green New Deal and National Solidarity», Lieven se centra en la óptica de los programas ecológicos realmente existentes en Europa y Estados Unidos. Arremete brevemente contra el Partido Verde francés por defender el abandono de la energía nuclear –abandono que él considera una locura irresponsable: basta comparar la letalidad de un cambio climático desbocado frente a la de un accidente nuclear («al menos nueve millones de seres humanos mueren cada año como resultado directo de

---

<sup>19</sup> Si las pasadas transiciones energéticas fueron lentas («hubo que esperar hasta la década de 1950, un siglo después de la perforación del primer pozo de petróleo comercial» en Pensilvania, para que el «crudo pasara a representar el 25 por 100 de la energía primaria total de la humanidad»), el cambio a fuentes de energía más limpias tiene que suceder a una velocidad improbablemente rápida. «El capital privado seguirá a las políticas públicas, pero los gobiernos «tienen que dar señales claras»: «Not-so-slow-burn», *The Economist*, 23 de mayo de 2020, pp. 53-54.

<sup>20</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., p. 76.

la contaminación del aire»; «*nadie* murió como resultado inmediato del accidente de Fukushima»)—, pero la principal crítica de Lieven hacia los verdes franceses tiene que ver con su postura ante la migración, una postura que, en su opinión, comparten todos los partidos verdes europeos. «En la medida en que en otra parte del programa del partido hay un llamamiento a la abolición de la distinción entre los solicitantes de asilo y los migrantes económicos», su política pro asilo «es de hecho un llamamiento a abrir las fronteras. Un programa así desgarraría a Francia»<sup>21</sup>. Hay que tener en cuenta que el planteamiento que hace Lieven contra lo que él interpreta como unas políticas migratorias peligrosamente radicales parte de postulados impecablemente ecológicos: el cambio climático causará una migración masiva y la llegada de millones de personas huyendo del calor hará a su vez que sea más difícil tomar medidas para aplacar el cambio climático, al aumentar el «chovinismo populista» (un sinónimo del maligno nacionalismo «étnico», que Lieven se cuida en todo momento de distinguir de su nacionalismo progresista de tipo «cívico»), la «radicalización política, la polarización y la parálisis del Estado en las democracias occidentales». Lieven argumenta que a medida que los electorados ahonden sus divisiones y vayan surgiendo populistas de extrema derecha ecológicamente obtusos, las mayorías parlamentarias estables que se necesitan para una acción de gobierno sostenida en el tiempo en materia de cambio climático se convertirán en una «imposibilidad matemática».

Lieven reconoce que si la «migración a Occidente puede mantenerse dentro de límites razonables y sin picos masivos repentinos como el de la crisis de refugiados sirios», entonces «hay buenas posibilidades» de que los migrantes puedan «integrarse con éxito», pero teme que una migración demasiado elevada en un periodo demasiado corto de tiempo socave la cohesión social, que él cree que será vital para la aceptación de las impopulares reformas ecológicas, así como la resiliencia del Estado ante el empeoramiento de los traumas relacionados con el clima<sup>22</sup>. Este último argumento se basa en la idea (derivada de David Goodhart, cuyo libro *The British Dream* (2013) aparece citado de manera recurrente en las notas a pie de página de *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*) según la cual las sociedades estables con Estados del bienestar generosos y eficaces tienden a ser relativamente homogéneas culturalmente, ya que

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 117-118.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 56. Lieven no especifica cuáles serían estos «límites razonables», como tampoco concreta los criterios óptimos para evaluar las solicitudes de asilo.

los flujos de extranjeros socavan la solidaridad social y, con ella, la voluntad de los ciudadanos de contribuir con impuestos al mantenimiento de los servicios públicos y a la financiación de la infraestructura ecológica, así como su disposición a hacer sacrificios por el bien de la comunidad en general, incluidas sus futuras generaciones.

### *Valencias de la migración*

En la visión de Lieven de unas democracias divididas y paralizadas hay implícita una concepción extrañamente inmediata y directa de la relación entre la migración y su efecto político. «El flujo continuo de inmigración ilegal a Estados Unidos –escribe– [ha contribuido] en gran medida a enfurecer a sectores de la población blanca y a la elección de Donald Trump». O bien: «El resultado de la migración masiva durante el periodo anterior a 2016 fue el desastre del Brexit»<sup>23</sup>. Lo que se omite en estos análisis de las conmociones políticas de 2016 es la forma en que las ideas acerca de la migración (ideas, por otra parte, que no surgen simplemente de forma natural, sino que son deliberadamente propagadas e instrumentalizadas con fines concretos) condicionan la reacción de la gente ante ella<sup>24</sup>. En sintonía con la supresión por parte de Lieven de lo que podría denominarse el campo ideológico –en el que la comprensión de la experiencia y de la realidad material siempre está parcialmente definida y elaborada– hay un equívoco en su análisis del impacto social y económico de la migración masiva, la cual, en su opinión, destruirá el mercado de trabajo en combinación con «otros dos desafíos cruciales para las sociedades occidentales: la automatización y la inteligencia artificial». Cuando discute sobre la posible inclusión de la renta básica universal en los programas verdes, Lieven envuelve sus afirmaciones de que esta entraría en conflicto con las políticas de migración «abiertas» en una especie de ventriloquía intelectual de la perspectiva antiinmigrante. Así, la renta básica universal sería «incompatible con unos altos niveles de migración continuados en el tiempo», y ello no necesariamente porque los migrantes ejerzan una presión sobre el erario público (las pruebas indican que aportan una contribución fiscal neta), sino porque

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 24, 60.

<sup>24</sup> Para una alternativa, véase Maya Goodfellow, *Hostile Environment: How Immigrants Became Scapegoats*, Londres y Nueva York, 2020, p. 8: «La falta de disposición para confrontar los mitos –y, de hecho, el afán de fortalecerlos– cultivó la política antiinmigración en el Reino Unido y contribuyó en última instancia a producir el voto del Brexit.

una renta básica universal permitiría a los ciudadanos calcular el coste exacto de la migración: «Los temores acerca de las presiones añadidas sobre el bienestar social, la salud, la vivienda y los sistemas escolares han estado entre las principales causas de la oposición a la migración», pero «la evidencia de estos costes siempre ha sido algo difícil de calcular»; en cambio, «bajo un sistema de renta básica universal», «cualquiera podría precisar con una simple calculadora de bolsillo cuánto bajaría su ingreso básico por cada nuevo porcentaje dado de migrantes»<sup>25</sup>.

¿Es la renta básica universal incompatible con unos altos niveles de migración porque los migrantes realmente fuerzan las capacidades de bienestar de los Estados o, simplemente, lo relevante es que muchos votantes creen que esto es así? Del mismo modo, ¿deberían los partidos verdes adoptar una postura más estricta en materia de migración porque los migrantes desestabilizan las sociedades e inhabilitan los sistemas políticos, impidiendo así la acción concertada para abordar una de las causas de dicha migración, o simplemente porque las políticas en favor del asilo alienarán sin remedio a los votantes de derecha? A causa de este equívoco nos quedamos con la sensación de que esa defensa del nacionalismo, bien documentada desde el punto de vista histórico, que constituye gran parte del cuerpo de *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, es un mero adorno teórico del maquiavélico cálculo electoral con el que el libro se cierra. Esta impresión se ve además reforzada por el modo en que Lieven plantea la discusión de la Resolución sobre el *Green New Deal* adoptada por el Partido Demócrata estadounidense en 2019, en la que la cuestión más amplia en torno a cómo liberar el potencial ecológico progresista del nacionalismo queda reducida al dilema –bastante menos impresionante, si bien todavía importante– de cómo vender el *Green New Deal* al Partido Republicano, que a su vez parece a veces transformarse en la cuestión más cínica de cómo instrumentalizar el patriotismo y los hábitos racistas con fines medioambientales. De hecho, Lieven se halla próximo a afirmar que la paradoja de la negación del cambio climático por parte de la derecha, con su ávido consumo de combustibles fósiles, es que está contribuyendo a precipitar las ondas migratorias que tanto detesta y teme; su mera xenofobia debería convertirla a la causa planetaria.

Refiriéndose a la redacción de la mencionada Resolución sobre el *Green New Deal*, Lieven escribe que «los Demócratas no pueden permitirse el

---

<sup>25</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., p. 51.

lujo de dejarse contaminar por la atmósfera de odio generalizado contra las principales tradiciones estadounidenses que envuelve a sus partidarios más radicales». No explica en detalle cuáles son estas «principales tradiciones estadounidenses» (indeterminación que eleva la fuerza eufemística de la frase), pero a continuación lamenta la forma en que «la resolución está enmarcada en el lenguaje de la “interseccionalidad verde”», y luego cita el pasaje ofensivo: el cambio climático ha «exacerbado las injusticias raciales, regionales, sociales, medioambientales y económicas sistémicas» al «afectar de manera desproporcionada a los pueblos indígenas, a las comunidades de color, a las comunidades de migrantes, a las comunidades desindustrializadas, a las comunidades rurales despobladas, a los pobres, a los trabajadores de bajos ingresos, a las mujeres, a los ancianos, a las personas sin hogar, a las personas con discapacidades y a la juventud». A continuación, Lieven afirma que la interseccionalidad le resta importancia a las desigualdades económicas y sociales (en oposición a las de índole sexual y racial) y de esta forma clasifica «como opresores privilegiados a los hombres blancos más desfavorecidos económica y socialmente». «¿Por qué, por ejemplo, la resolución tuvo que deslizar un insulto completamente gratuito (y en espíritu, mendaz) a las clases trabajadoras blancas al hablar de “una diferencia de veinte veces más riqueza entre la familia blanca promedio y la familia negra promedio”?». «Este tipo de lenguaje es políticamente desastroso, porque les da aún más ocasiones a los Republicanos de decirles a los votantes blancos de la clase trabajadora que los Demócratas no se interesan por ellos». Lieven afirma entonces que estas «posiciones culturales progresistas de línea dura» no son «ni siquiera populares entre la mayoría de los Demócratas», para lo cual utiliza una encuesta de 2018 sobre la corrección política para fundamentar su punto de vista: «A casi el 80 por 100 de los negros y de los blancos en Estados Unidos no les gusta la corrección política».

«Por supuesto», continúa Lieven, «los Demócratas tienen el genuino deber cívico de *ayudar* a las minorías, que de todos modos les votarán a ellos o no votarán en absoluto, pero necesitan desplegar su atractivo electoral ante aquellos votantes que *no* les votarán sin un esfuerzo considerable». «El activismo sobre el cambio climático –concluye– ha terminado asociado en las últimas décadas con la sacralización a manos de los progresistas culturales de las diferentes identidades étnicas y culturales, así como con los ataques gratuitos a los símbolos culturales conservadores, lo cual ha alienado por fuerza a conservadores que



de otra manera podrían haber reconocido la amenaza que supone el cambio climático para sus naciones»<sup>26</sup>. En este punto, el nacionalismo cívico de Lieven, tan cuidadosamente acotado, parece deslizarse inadvertidamente hacia algo con un significado bastante diferente. Al igual que sucede con las «tradiciones estadounidenses fundamentales», Lieven no explica lo que quiere decir con «símbolos culturales conservadores», pero lo que se da claramente a entender, dada la alusión a la forma en que la etnia influye en las desigualdades de clase, es que los símbolos y tradiciones que están siendo «atacados» o «insultados» son específicamente blancos. Este descenso final a una discusión que más bien se lee como una diatriba desmonta la distinción que Lieven había venido elaborando con tanto esmero entre un nacionalismo inclusivo, aceptable y progresista, y su contraparte reaccionaria y racista.

Pero si el crescendo de *Climate Change and the Nation State: The Realist Case* es moralmente endeble, también es decepcionante desde un punto de vista estratégico. Dada la heterogeneidad de la clase trabajadora contemporánea, el fundamento sociológico o empírico del «realismo» de Lieven (y su impaciencia ante cualquier referencia a las comunidades de color, migrantes, mujeres, etcétera como una «fetichización de la identidad» políticamente torpe) parece cuestionable<sup>27</sup>. Además, a pesar del rastreo concienzudo y a menudo persuasivo que hace Lieven de la superposición ideológica entre el nacionalismo y el ambientalismo, sus principales recomendaciones son decididamente cosméticas, quedando relegadas al ámbito del discurso<sup>28</sup>. Para «securitizar» la crisis climática, por ejemplo, Lieven aboga por «un fuerte reconocimiento público por parte de las fuerzas armadas de la amenaza que supone el cambio climático para Estados Unidos» o lo que él llama «un acto de habla en materia de seguridad»<sup>29</sup>. Por supuesto, estos cambios discursivos no están exentos de fuerza material (el término «acto de habla», que Lieven toma prestado de Austin, lo sugiere también), pero se antojan bastante endebles, al igual que sucede con su insistencia en omitir toda postura polarizadora en materia de migración y racismo, como fundamento de nuestras esperanzas en pro del planeta.

---

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 129-132.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>28</sup> Del libro emana todo un conjunto disperso de preferencias políticas más sustanciales (un «pequeño impuesto sobre las transacciones financieras aplicado rigurosamente», «precios del combustible mucho más altos», «medidas firmes y decididas para recaudar dinero de las elites», incluyendo la erradicación de la evasión de impuestos y una regulación más estricta de los bancos), pero incidentales con respecto a su argumento central.

<sup>29</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., p. 7.

La caracterización efectuada por Lieven de la mención de la raza en la Resolución sobre el *Green New Deal* como «corrección política» –de nuevo ejerciendo de ventrílocuo, se diría, para una réplica derechista– es también indicativa de una comprensión intelectual poco sólida de esta posición. Para hacer el papel de mediador que Lieven pretende asumir entre los «progresistas culturales» y los conservadores se requiere una comprensión, dentro de la perspectiva de cada lado, de los matices y de las diferencias. Ello implica evitar la caricatura y no tratar las posiciones marginales como si fueran representativas. La «idea de un Estado sin fronteras con una identidad completamente abierta», como dice Lieven, tiene partidarios libertarios tanto en la izquierda como en la derecha, pero no es la posición de los Demócratas del Congreso que propusieron el *Green New Deal*. Sanders, por ejemplo, se compromete a imponer una moratoria inmediata en las deportaciones, reuniendo familias, reinstaurando y expandiendo la *Deferral Action of Chidhood Arrivals* (DACA) y acogiendo a los refugiados y solicitantes de asilo, incluidos los desplazados por el cambio climático. *Mutatis mutandis*, las propuestas políticas de Corbyn seguían una análoga línea reformista; *Climate Change and the Nation State: The Realist Case* no indica cuáles de estas demandas deben ser abandonadas para atraer a los votantes contrarios a los inmigrantes. Pero el enfoque reduccionista de Lieven va más allá de la espinosa cuestión de la migración: en un cierto momento sugiere que «la mayoría de los verdes» se oponen «incluso a investigar» «la eliminación del carbono», porque «esto eliminaría un argumento para la eliminación del capitalismo»<sup>30</sup>. Algunos ecosocialistas pueden albergar sospechas acerca de los parches tecnológicos, pero la idea de que «la mayoría de los verdes» estarían en contra de explorar cualquier solución que obviara la necesidad de un cambio político más fundamental (ya que la preocupación por el planeta no es más que un mero instrumento para promover una agenda anticapitalista) resulta inverosímil. Análogamente hiperbólica es la exégesis que hace Lieven de la Resolución sobre el *Green New Deal* de los Demócratas. La supuesta «sacralización de las diferentes identidades étnicas y culturales» adscrita por Lieven a estos ocuparía en todo caso una parte menor del texto: las menciones de la «brecha racial de la riqueza» y de la «brecha de ingresos entre los géneros» están al final de una larga lista de «crisis relacionadas» con el cambio climático, cuyos primeros puestos los ocupan la disminución de la esperanza de vida y el estancamiento de los salarios, la baja movilidad socioeconómica, la erosión del poder de negociación de los trabajadores, la desigualdad de ingresos y

---

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 120.

así sucesivamente. Lieven querría que los Demócratas hablaran de «privilegios de la elite» o «privilegios corporativos» en lugar del «privilegio de los blancos», pero la frase «comunidades de color» aparece solo dos veces en la Resolución, mientras que «trabajador» se menciona en once ocasiones<sup>31</sup>. Lieven cree estar lanzando un desafío a una izquierda con inquietudes ecologistas que no es capaz de poner en orden sus prioridades o, por enunciar la ya manida provocación en palabras de Adam Tooze: «¿Estamos dispuestos a sacrificar nuestros pasatiempos ideológicos para prevenir, cueste lo que cueste, la catástrofe climática?»<sup>32</sup>. Pero algunas de sus afirmaciones acerca de las posiciones de la izquierda nos hacen dudar de este razonamiento, es decir, nos hacen preguntarnos si Lieven está realmente planteando la pregunta –o desafío– que él piensa y dice estar planteando.

Todos los «realistas» circunscriben en mayor o menor medida la realidad a la que corresponde su «realismo», es decir, una «tesis realista» se basa en una definición previa de lo que es «ser realista». Para Lieven, la realidad es que la acción necesaria para paliar el cambio climático pasa por que los partidos políticos que apoyan el *Green New Deal* ganen repetidas veces las elecciones generales. Dado el carácter urgente de las circunstancias, no serán muchos los que discutan la legitimidad de este marco electoralista (2030, que es la fecha para la que, según la Resolución del Partido Demócrata sobre el *Green New Deal*, las emisiones de carbono deben reducirse el 40 por 100 está solo a un par de mandatos presidenciales), pero Lieven también da por sentado extremos que son más discutibles. Su concepción sin mediación de la relación existente entre el hecho migratorio y la prevalencia o virulencia de la xenofobia, por ejemplo, indica una concepción exagerada acerca de la rigidez de las ideas, cuya implicación es que la única manera de superar el sentimiento contrario a los inmigrantes, que se presume como una reacción inevitable a la presencia de migrantes, es reducir la migración. Esta sobreestimación de la permanencia de las ideas, que es a su vez un aspecto de la supresión del campo ideológico, depende paradójicamente de una subestimación de las condiciones materiales en las que dichas ideas hunden sus raíces. El negacionismo climático no es meramente un hábito cultural conservador que se ha creado como reacción a la estridente moralización

---

<sup>31</sup> El texto de la Resolución «Recognizing the duty of the Federal Government to create a *Green New Deal*» está disponible en [www.congress.gov](http://www.congress.gov).

<sup>32</sup> Adam Tooze, «Politics for the End of the World», *New Statesman*, 1 de abril de 2020.

progresista en torno al saqueo destructivo de los recursos del planeta por parte del capitalismo, sino el resultado de campañas decididas y bien financiadas por las empresas de combustibles fósiles y sus grupos de presión, al igual que la antipatía no es una respuesta espontánea a la migración, sino en parte una reacción ideológica a unas circunstancias materiales más amplias –como la inseguridad económica, por ejemplo–, así como a la difusión y validación de ideas orquestadas desde de arriba<sup>33</sup>.

El calentamiento del planeta y la migración masiva bien pueden ser aspectos inabordables del futuro que nos espera, pero, ¿es la hostilidad hacia los migrantes un aspecto igualmente inexorable de la realidad prepolítica? Como escribió Stuart Hall tras la derrota laborista en las elecciones generales de 1987: «La política no refleja las mayorías, sino que las construye»<sup>34</sup>. La estrategia de Lieven es, en cierto modo, un llamamiento en favor de una política más basada en la clase enraizada en las ruinas sociales dejadas por el «capitalismo de libre mercado enloquecido», una política que, según él, representa una oportunidad electoral: «El creciente empobrecimiento de grandes sectores de la clase trabajadora blanca está abriendo nuevas e importantes posibilidades políticas que trascienden las barreras raciales; solo hace falta que el Partido Demócrata sepa aprovecharlas»<sup>35</sup>. Sin embargo, un espíritu de unión logrado a costa de apelar a un sentido de nación que evita discretamente el reconocimiento de la existencia de la heterogeneidad se antoja como un intento bastante superficial de reflejar mayorías percibidas en lugar de construir una unidad más duradera, basada en el reconocimiento de la diversidad de la experiencia.

La función retórica del autoproclamado «realismo» de Lieven consiste en presentar los argumentos como si derivaran de un contraste inapelable con los hechos, ajenos a cosas tan comprometedoras e inapropiadas como son el compromiso ideológico o las prioridades morales. Lo mismo ocurre con el modo en que la pulcra reciprocidad causal de su argumento contra la migración masiva (el cambio climático provoca migraciones masivas, lo que a su vez dificulta los esfuerzos políticos

---

<sup>33</sup> En un par de ocasiones Lieven se refiere de boquilla al «poder y la obstinada oposición a la reforma por parte de los sectores bancario y energético», pero en lo esencial este reconocimiento de pasada no orienta su análisis del actual estancamiento, ni su estrategia para superarlo: A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., pp. 105, xiv.

<sup>34</sup> Stuart Hall, «Blue Election, Election Blues», *Marxism Today*, julio de 1987.

<sup>35</sup> A. Lieven, *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*, cit., p. 134.

para abordar la crisis climática) elude las cuestiones morales. Pero a pesar de la sustracción de tales preocupaciones en nombre del realismo por resultar «ajenas» a las consideraciones estratégicas, cabe todavía preguntarse: ¿cuáles son las consecuencias morales de la estrategia de Lieven? o bien, ¿a qué fines apunta su lógica? Plantear la cuestión de si el nacionalismo es un instrumento ideológico apropiado o aceptable para popularizar el *Green New Deal* revela la debilidad de la concepción que Lieven tiene del nacionalismo, concepción que podría resumirse como excesivamente voluntarista.

Se puede percibir la influencia de Tom Nairn (a quien Lieven cita como uno de los «principales pensadores que le han ayudado a concebir este libro») en la convicción asumida de que el nacionalismo puede ser una fuerza positiva, modernizadora. En la caracterización sofisticada y amable efectuada por Nairn en «The Modern Janus», el nacionalismo aparece como una ideología asediada y a la defensiva, pero también llena de ingenio e inventiva, animada por una voluntad de supervivencia que es propulsora, que afirma la vida y que, lejos de ser nihilista, se orienta hacia el futuro. Pero mientras que el nacionalismo de Nairn aparece sobre todo como un fenómeno natural, análogo a la patología en los individuos –y esto es lo que hace tan convincente la insistencia de Nairn en la ambigüedad moral y política del nacionalismo– en la versión de Lieven el nacionalismo es, contra toda evidencia, deliberado, reflexivo: «La *elección*, entonces, radica entre, por un lado, determinadas versiones miopes y estúpidas del nacionalismo y, por otro, aquella otras que son inteligentes y con visión de futuro»<sup>36</sup>. Esto significa que Lieven no tiene debidamente en cuenta la posibilidad de que una vez la fuerza formal del nacionalismo ha sido invocada su contenido no pueda ser «controlable». Como dice Nairn: «En el trauma social, como en el individual, una vez que estos manantiales han sido abiertos no hay garantía real de que las grandes fuerzas así liberadas sean “controlables” (en el sentido de que se limiten a hacer lo que se supone que deben hacer y no más)»<sup>37</sup>.

Lieven no aborda la posibilidad –la probabilidad incluso, dado el solipismo *prima facie* del nacionalismo– planteada por Mike Davis:

Es probable que la creciente turbulencia medioambiental y socioeconómica solo haga que los grupos de la elite traten de aislarse más frenéticamente

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. xvi. Las cursivas son mías.

<sup>37</sup> Tom Nairn, «The Modern Janus», *NLR* I/94, noviembre-diciembre de 1975, pp. 17, 19.

del resto de la humanidad. La reducción mundial de emisiones, en este escenario inexplorado pero no improbable, se abandonaría tácitamente – como en cierta medida ya se ha hecho– a favor de una inversión acelerada en adaptación selectiva para los pasajeros de primera clase de la Tierra. El objetivo sería la creación de oasis verdes y cerrados de riqueza permanente en un planeta, por lo demás, destrozado.

La «transmutación del interés egoísta de las clases y los países ricos en una “solidaridad” ilustrada» solo parece realista, continúa Davis, si puede demostrarse «que la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero puede alcanzarse sin grandes sacrificios en los niveles de vida del hemisferio norte»<sup>38</sup>. Definir la crisis climática como una amenaza para la seguridad nacional en Occidente no resuelve el problema –más bien lo elude– de cómo convencer a las elites para que impongan sacrificios a sus propias poblaciones en nombre de los que residen más allá de sus fronteras. De hecho, parte de la sustancia del «realismo» de Lieven se basa en el lúgubre cálculo de que solo aludiendo a una amenaza para la estabilidad de Occidente se podrá persuadir a los electorados y a las elites de que se comporten *como si* el sufrimiento de los demás les preocupara. Pero una vez que la solidaridad y el altruismo han sido totalmente descartados como principios de acción, ¿quién podrá garantizar que esta conjunción accidental del interés propio con el interés del Otro se mantenga en el tiempo?

Explotar por el bien del planeta la reacción contra los inmigrantes con la que las formas contemporáneas del nacionalismo parecen tan entrelazadas puede movilizar a algunos votantes indecisos, pero probablemente lo haga en ambas direcciones; y ¿cuál sería el coste humano de esta estrategia electoral para las poblaciones que ya están huyendo o que tendrán que huir, incluso si llegamos a la cota de cero emisiones en 2050? *Climate Change and the Nation State: The Realist Case* es útil a modo de recordatorio genérico de que la construcción de coaliciones políticas pasa por encontrar formas de comunicarse con los no convencidos y de que la defensa de un programa de estímulo verde igualitario no es algo universalmente evidente, sino que debe hacerse con inteligencia estratégica. El desafío, sin embargo, radica en concebir sentidos alternativos de lo que significa «ser realista» mediante la forja de nuevas expectativas acerca de aquello que la realidad puede y debe ser: se trata de redefinir el «sentido común» en lugar de adaptar las relaciones públicas del *Green New Deal* a sus perniciosas formas actualmente existentes. Además,

---

<sup>38</sup> M. Davis, «¿Quién construirá el arca?», cit., pp. 37-38.

dado que gran parte del calentamiento que predicen los climatólogos para las próximas décadas es ya irreversible, las reformas internas para atenuar el cambio climático en los países de altas emisiones del hemisferio norte (erradicando los combustibles fósiles, expandiendo las redes de transporte limpio, mejorando las prácticas agrícolas, acondicionando las viviendas, etcétera) deberán producirse en combinación con la necesaria adaptación al mismo, lo cual incluye políticas de migración y de desarrollo que no dejen atrapadas a las poblaciones empobrecidas en regiones inhabitables, responda esto *sensu stricto* al interés «nacional» o no.